

LAS TRIBULACIONES DEL CÉSAR*

Antonio Cussen

El poder de Roma, tras la muerte de Julio César el año 44 a.C., se disputaba entre Marco Antonio y Octaviano, hijo adoptivo de Julio César. Después de muchos intentos de alianza y de muchos pactos no cumplidos, los dos triunviros se enfrentaron en la batalla de Accio, en la que vencieron las fuerzas de Octaviano. Al regresar a Roma, según cuenta el historiador Dión, el nuevo César mandó llamar a sus dos consejeros principales, Agripa y Mecenas, con el fin de que propusieran la forma de gobierno más apropiada para la república romana, tantos años devastada por las guerras civiles.

Agripa, comandante en jefe de las legiones del César, se mostró partidario de preservar el sistema republicano y contrario a la concentración del poder en un solo hombre. Este fue uno de sus argumentos: “A la naturaleza humana no le place que la gobierne siempre una misma persona, ni soporta compartir los sacrificios, los peligros y los gastos si no puede participar en materias de más altura”.

Mecenas presentó la posición opuesta, recomendando el mando de uno solo: “Pon fin a la insolencia del pueblo”, le dijo al César, “y

ANTONIO CUSSEN. M. A. en Economía y Ph. D. en Literatura comparada de la Universidad de California, Berkeley. Se desempeña actualmente como profesor de Literatura Latinoamericana en Haverford College.

* Versión editada de la Conferencia dictada en el Centro de Estudios Públicos el 18 de agosto de 1986.

hazte cargo tú, junto a los mejores hombres de la ciudad, del manejo de los asuntos públicos. La libertad que tanto celebran las muchedumbres es en realidad la más amarga esclavitud para los privilegiados y ocasiona la destrucción de unos y otros”.

El César no desestimó del todo los consejos de Agripa y de hecho en un obituario se jactaba de haber restituido la república. Pero fue a Mecenas a quien escuchó más atento y en el lapso de 41 años que duró en el poder —desde su nombramiento como “Augusto” por parte del Senado en el año 27 a.C. hasta su muerte en el año 14 d.C.— sentó las bases de la monarquía occidental.

Cuando Julio César murió acuchillado por senadores romanos, dos hombres se disputaban el poder de Roma: Octaviano y Marco Antonio. César había adoptado a su sobrino nieto Octaviano en su testamento, legándole además toda su fortuna. Pero Marco Antonio era el comandante en jefe de las legiones y tenía el control del tesoro, y rehusó hacer entrega de la herencia. Entonces Octaviano hizo una jugada magistral. Se fijó que en el testamento también había una cantidad de dinero que debía entregarse a todos los romanos. Y lo que hizo fue cumplir con este pedido con sus propios recursos, ganándose así el favor del pueblo. Para fortalecer los vínculos con Julio César, amplió su nombre y se hizo llamar Cayo Julio César Octaviano, o César a secas. Entonces comenzó el lento pero implacable ascenso que llevaría al joven César a disponer del poder absoluto del Imperio Romano.

Con el apoyo del Senado levantó César Octaviano un ejército para combatir a Marco Antonio. Lo acompañaron los dos cónsules en la exitosa campaña de Módena, pero ambos murieron o fueron asesinados, con lo cual quedó Roma sin cónsules y el joven César con muchas legiones. Luego marchó hacia Roma y obligó al Senado que lo nombrara cónsul. Sólo entonces estuvo en condiciones de negociar con Marco Antonio. El año 42 a.C., César Octaviano, Marco Antonio y Lépido formaron un triunvirato que tenía por objetivo reconstituir la república. Se llamaron ellos “*triumviri rei publicae constituendae*” y fueron legitimados por voto popular. Después los triunviro se propusieron vengar a Julio César: vinieron las proscripciones, en que fueron eliminados 300 senadores y 2000 caballeros, y la batalla de Filipo, en que murieron Bruto y Casio y vio su fin la república de los nobiles.

César Octaviano se quedó con las provincias de Occidente y Marco Antonio con las de Oriente. Pero nada pudo abatir la animosidad de los triunviro. Ni siquiera la paz de Brindis, en que establecieron un vínculo

familiar al casarse Marco Antonio con Octaviana, hermana de César Octaviano. En el pacto de Brindis participaron Mecenas y Polión, y Virgilio escribió un hermoso epitalamio anunciando el nacimiento de un niño que traería un nuevo siglo de oro. No fue así. Los temerarios triunviros afianzaron sus posiciones y buscaron nuevos aliados. Marco Antonio no tardó en repudiar a Octaviana y a vincularse con Cleopatra, en quien encontró hermosura, inteligencia, riqueza y una ambición sin límites. Entretanto, César Octaviano convenció a las tribus dispersas de Italia que se avecinaba una crisis en que estaba en juego no sólo el poder de Roma sino la hegemonía de Occidente.

El año 31 a.C., acompañado por todo el Senado, partió el César con sus naves a encontrarse con Marco Antonio, la reina egipcia y sus aliados orientales. La batalla tuvo lugar frente al promontorio de Accio, y al parecer corrió poca sangre. Salieron victoriosas las fuerzas de César Octaviano, comandadas por Agripa, y Marco Antonio y Cleopatra no tardaron en ponerse a la fuga.

Examinaremos en más detalle los acontecimientos que vinieron después de Accio, para lo cual hemos consultado los libros LI y LII de Dión, los únicos documentos de la antigüedad que contienen una narración minuciosa y en orden cronológico de estos años. El dos de septiembre fue el día de la batalla naval de Accio. Es ésta una fecha que Dión destaca de manera muy particular puesto que entonces paso el César, como Dión insiste en llamarlo, a ocupar él solo el poder, y por eso a partir de esa fecha se cuentan los años de su reino.

En un primer instante las naves del César persiguieron a las naves fugitivas, pero no pudiendo alcanzarlas se devolvieron. Y temeroso de una rebelión en Italia, decidió el César aplazar la persecución y afirmar primero su poder interno. En Brindis apaciguó en parte las demandas de los veteranos que por más tiempo lo habían acompañado con donativos de tierras y pueblos que el César había arrancado a los partidarios de Marco Antonio, y en parte con promesas para entregas futuras, ya que sus fondos estaban exhaustos.

Luego siguió de prisa a Alejandría en busca de Marco Antonio y Cleopatra, y del extraordinario tesoro de los Ptolomeos. Tras dilatadas negociaciones y complejos movimientos de escena, llegó a poseer el fabuloso tesoro de Egipto. Poco le importó el suicidio de Marco Antonio aunque sí le afectó el de Cleopatra, puesto que quería ardientemente preservarla en vida y lucirla en la marcha triunfal que ya estaba preparando.

De regreso en Italia, y tras el brillante triunfo, los juegos y las celebraciones, mandó el César llamar a sus dos consejeros íntimos, Agripa

y Mecenas, para que le recomendaran la forma de gobierno apropiada para Roma. Según Dión, el César había decidido inicialmente entregar el poder al pueblo y al Senado, pero al cabo de estas deliberaciones, cambió de parecer.

El primero en hablar fue Agripa, comandante en jefe de las legiones, autor de las batallas navales de Sicilia y de Accio en que había desplegado sus aventajados conocimientos de ingeniería de guerra. Acababa de recibir del César una bandera azul oscura en celebración de la reciente victoria. El año inmediatamente anterior a Accio se había dedicado con energía a la reconstrucción de templos y acueductos, y según Plinio el Viejo, levantó el *Diribitorium*, un enorme edificio destinado al escrutinio de las votaciones.

Así comenzó Agripa: “La igualdad ante la ley, esto tiene un sonido placentero, es el triunfo de la justicia. Si tú tomas a un grupo de hombres del mismo tipo, de una misma raza, que han crecido bajo el amparo de las mismas instituciones, han aprendido las mismas leyes, y ceden todos juntos el uso de sus cuerpos y sus mentes a un mismo Estado, ¿no es justo que también tengan en común todo lo demás? ¿No sería mejor que los grandes honores se otorgaran a los que producen obras excelentes y no a los que han heredado privilegios? A la naturaleza humana no le place que la gobierne siempre una misma persona, ni soporta compartir los sacrificios, los peligros y los gastos si no puede participar en materias de más altura”.

Agripa siguió su defensa de las virtudes del sistema democrático: bajo un sistema de libertad e igualdad ante la ley, decía, los hombres no se esfuerzan ni se destacan para adular al tirano, sino para acrecentar la gloria de su ciudad. “Mientras más hombres ricos y valerosos hay, más compiten entre ellos y más se esfuerzan por mejorar su ciudad. Trabajan y están contentos, a menos que uno de ellos quiera fundar una tiranía: éste sería castigado severamente. La experiencia de Grecia demuestra en forma clara que lo que digo es cierto y que las democracias son muy superiores a las monarquías. Mientras el pueblo vivía bajo el régimen de uno solo, no llevó a cabo nada digno de destacarse; pero cuando comenzó a vivir bajo un régimen democrático, logró gran renombre”.

Viendo Agripa que al César le tentaba el poder total, le dijo:

“Piénsalo bien antes de seguir por ese camino. Es imposible volver a respirar aire puro una vez que te hayas sumergido. No te dejes engañar por la gran autoridad y las abundantes posesiones, ni tampoco por la masa de hombres que te protegen y la turba de aduladores que te rodean. Los hombres con mucho poder tienen muchas preocupaciones; los que tienen enormes propiedades deben gastar enormemente; se congrega un alto número

de individuos a tu lado debido al alto número de conspiradores; y tus aduladores estarían más contentos de destruirte que de salvarte”.

Falta en todos los manuscritos conocidos de Dión la conclusión del discurso de Agripa. También falta el principio del discurso de Mecenas, aunque de esto Zonaras ha preservado un resumen: Mecenas aconsejó seguir el curso contrario, declarando que hacía ya tiempo que el César dirigía una monarquía, y que inevitablemente debía hacer una de dos cosas: o quedarse en el lugar que ya ocupaba o abandonar el camino presente y perecer”.

¿Quién era Mecenas? Séneca lo acusaba de molicie, de descuido en sus palabras y vestimentas. Y parece ser cierto que se paseaba por las calles de Roma con una toga muy ligera y sin ceñir, y que escribía poesía en un estilo sumamente alambicado, y que recibía a los emisarios en su despacho con un paño en su cabeza y a medio vestir. Durante las campañas de Accio se había quedado atrás en Roma y aterraba a los ciudadanos con edictos sellados con una rana, su marca personal.

Pero Mecenas era sobre todo recordado por su apoyo a Virgilio y Horacio, quienes habían recibido enormes emolumentos de sus manos. A Mecenas, un caballero romano que descendía de reyes etruscos, habían sido dedicadas *Las Geórgicas* y las *Odas*. Pero Dión no dice nada de esto y se limita a reproducir sus palabras.

Te pido que no te engañen las palabras de bella resonancia”, le dice Mecenas al César. “Mira, en vez, los resultados que éstas logran. Así, pon fin a la insolencia del pueblo y hazte cargo tú, junto a los mejores hombres de la ciudad, del manejo de los asuntos públicos. La ‘libertad’ que tanto celebran los muchedumbres es en realidad la más amarga esclavitud para los privilegiados y ocasiona la destrucción de unos y otros. No te aconsejo que esclavices al pueblo y al Senado y que luego te hagas el tirano. Jamás osaría sugerir tal programa ni tú seguirlo. Sin embargo, sería conveniente que establecieras tú mismo las leyes adecuadas con el consentimiento de los mejores hombres, sin la oposición ni la resistencia de las masas...”.

Mecenas luego le aconsejó al César que preservara el Senado, lo cual ampliaría la apariencia de las responsabilidades y los honores, pero antes sería necesario reformarlo y cortar sus libertades para prevenir insubordinaciones. “Esto puede lograrse”, dijo Mecenas, “si tú exiges que los senadores no abandonen Roma, y no les permites que porten armas durante su mandato e inmediatamente después”. Esto tenía que decir sobre la composición del Senado: “Debes detectar a tus amigos en el Senado y luego efectuar una selección. Procura retener a aquellos que se distinguen, pero al resto, bórralo de la lista”.

Los consejos de Mecenas también cubrieron otras áreas: “Adorna esta ciudad de la manera más cara posible y dale brillo con todo tipo de festivales. Está bien que los que gobernamos muchos pueblos sobrepasemos al resto del mundo en todo; los espectáculos de algún modo promueven el respeto de nuestros aliados y la alarma de nuestros enemigos”. Y más adelante: “Si alguien te dice que han hablado mal de ti no lo escuches ni investigues nada. Es una vergüenza creer que alguna persona pueda insultarte maliciosamente, a ti que no causas ningún daño y que beneficias a todos. Sólo los que no saben gobernar dan crédito a estos informes. Está mal enojarse por las quejas de los demás. Si son verdad, sería mejor no haberlas ocasionado, y si son falsas se debería aparentar indiferencia. Esto opino sobre los que te insultan: Tu personalidad debería ser lo suficientemente fuerte y elevada como para no dejarse avasallar por una insolencia, y jamás deberías pensar, ni inducir a que los demás piensen, que alguna persona puede ser capaz de manifestarte una indecencia. Así todos te mirarán como miran a los dioses; pensarán que eres sacrosanto”.

Conociendo los peligros de convertir al César en rey (la palabra “rex” era odiada desde los tiempos de Tarquinio el Soberbio), Mecenas cerró así su discurso: “No dejes que se te escurra la fortuna, pues entre todos te ha escogido a ti, tú estás a la cabeza, Si prefieres la monarquía pero temes el maldito título de “rey”, sólo tienes que rechazarlo y ser el gobernante único con el apelativo de “César”. Y si aún necesitas más títulos, los romanos te darán el título de imperator, como se lo dieron a tu padre; y por encima de esto manifestarán reverencia a tu posición augusta con otro nombre, para que así goces de todos los beneficios de una monarquía sin el odioso costo que trae el nombre de ‘rey’”.

A lo largo de cincuenta páginas, Mecenas hace una narración detallada del manejo del imperio. Sus consejos se transforman en un plan político, que propone instaurar el orden monárquico pero cuidando de guardar una apariencia republicana. Está siempre a favor de conservar los títulos antiguos —pretores, cónsules, procónsules— pero los infunde de un poder ampliado. Ante los ojos de Dión las palabras de Mecenas son las palabras no escritas de la constitución monárquica establecida en Roma el año 27 a.C. y aún válida en los tiempos de Septimio Severo, Caracalla y Alejandro Severo, es decir, los años en que Dión escribe su Historia.

Se ha puesto en duda la autenticidad de los discursos de Mecenas y Agripa. Pero incluso Syme, quien en un instante de su historia los tacha de pura invención, tiene que reconocer su verosimilitud pues ayudan a explicar la gran crisis de Roma del año 22 a.C. De cualquier modo, creo que hay que entender estos discursos en el contexto de la historia de la antigüedad.

Los discursos de Dión, como los de Tito Livio, aparecen en los momentos de más alta intensidad narrativa. El historiador quiere mostrar que conoce tan bien los detalles y la naturaleza del conflicto que puede hacer hablar a los personajes.

Conozco dos versiones de lo que ocurrió después del debate referido: una indica que el César se inclinaba por la posición de Mecenas, porque “no creía conveniente implementar aún las sugerencias libertarias de Agripa, esto podía ocasionar algún tropiezo en sus esfuerzos por reformar multitudes”. La otra indica que fue decididamente por Mecenas que se manifestó el César, pero prefirió dejar algunas medidas para ser cumplidas en el futuro cercano o distante. La primera versión suscribe la tesis que aun después del año a. C. tenía el César sentimientos republicanos. La segunda la niega.

Lo cierto es que en el mismo año 29 a.C. el César recibió el título de *imperator*. Pero a este título, que se les daba a los generales victoriosos, le dio una dimensión civil, y así *imperator* paso a designar al que tiene el mando supremo. Luego fue censor junto a Agripa y purgó el Senado, que durante las guerras civiles se había llenado de hombres de la orden ecuestre y hasta de soldados de infantería. Al año siguiente, el César agregó a su lista de títulos el de *princeps senatus*, o primer senador, lo cual era una señal que quería reinstituír la dignidad de la antigua república. Ese año también fue cónsul por quinta vez.

El César cuadruplicó las raciones de pan al pueblo e hizo entrega de dinero a algunos senadores, para que así pudieran afrontar los gastos oficiales. Perdonó todas las deudas que los ciudadanos romanos habían contraído con anterioridad a la batalla de Accio, menos aquellas garantizadas por hipotecas. Y revocó en un solo decreto las medidas ilegales e injustas que habían prevalecido durante el triunvirato. Se alabó esta medida como un acto de magnanimidad. Y queriendo hacer una muestra más de su virtud, decidió el César entregarle el poder al Senado, aunque con gran secreto le advirtió a un grupo íntimo de senadores que pretendía ampliar sus poderes una vez que el pueblo depositara la soberanía de Roma en las manos de uno solo.

El César leyó un discurso que comenzaba asegurándoles a los padres conscriptos la sinceridad de sus palabras. Les afirma que los hechos confirmarán las promesas, y por tanto nadie lo podrá tildar de falsario, y su buen nombre sobrepasará al del resto de la humanidad. Y luego les dice:

“El poder militar está en excelentes condiciones, no tan sólo por su lealtad sino también por su fuerza; hay dinero y hay aliados; y, lo que es más importante aún, he recibido de vosotros y del pueblo tales pruebas de

aprecio que querríais gustosos dejarme en el poder. Pero ya no os gobernaré más, y nadie podrá decir que todo lo hecho por mí tenía por fin obtener el mando absoluto. Os hago completa entrega de mis poderes, y os doy todo —el ejército, las leyes y las provincias—, no sólo aquellas que vosotros me encomendásteis sino también las que yo conquisté”. Luego explicó que había asumido en su primera juventud extraordinarios peligros, llevado se diría por el Destino, para establecer la seguridad y la tranquilidad de que todos los senadores gozaban. “Ya que la Fortuna”, prosiguió, “me ha empleado para restaurar la paz y la armonía, libre de amenazas y facciones, recibid también vuestra libertad y la república; tomad la dirección del ejército y de las provincias, y preservad vuestra forma de gobierno tradicional”.

Mientras el César leía estas palabras, ¿qué sucedía entre los senadores?

El Senado se dividía en tres grupos. Un pequeñísimo número de senadores, como ya se ha dicho, conocía los designios del César y sabía que detrás de sus palabras se escondía la intención de darle más auge a su poder. Estos hombres aplaudieron al César a lo largo de su discurso. Del resto, nadie estaba contento. Unos sospechaban la malicia del César y quedaron estupefactos con su ingenio; otros, que sentían profundo desprecio por las formas democráticas, lamentaban que el César hubiera abandonado el poder y sólo atinaron a enmudecer.

Dión ha intentado reconstruir la confusión generalizada en el Senado. Aparentemente, los aplausos decididos del grupo de senadores íntimos contagió a un buen grupo de la mayoría atónita, y tanto mientras leía este discurso como inmediatamente después, le pedían a gritos que estableciera una monarquía, hasta que lo forzaron—ésta al menos fue la treta—a asumir el poder autocrático. El primer decreto del César estipulaba que el sueldo de sus guardias personales excediera en el doble al de los soldados regulares. Según Dión, ya entonces estaba deseoso de establecer la monarquía en todo rigor.

Pero el César se preocupó de que sus actos no desmintieran sus palabras. Hizo entrega de todas las provincias en paz, aunque aceptó preservar bajo su mando aquellas en conflicto. El propósito ostensible de esta medida fue que el Senado gozara sin miedo del mejor sector del imperio, mientras él encaraba todos los peligros. Pero según Dión, lo que pretendía el César era dejar sin armas a los senadores, mientras que él solo controlaba el armamento y el tesoro.

Y para dar más realce a sus intenciones democráticas, el César aceptó sólo por diez años el mando de las provincias encomendadas por el

Senado. Pero Dión insiste que a partir de esa fecha el César estaba destinado a tener el control absoluto para siempre. En todo caso, cuando el período de diez años terminó, recibió el voto por cinco más, y luego de nuevo por cinco; después de eso, recibió el voto por diez años y por último diez más, de modo que dispuso él solo del poder durante toda su vida. Dión cuenta que el César había querido recibir el nombre de Rómulo, pero los vínculos de este nombre con la monarquía lo hicieron desistir y aceptar el nombre de Augusto, que le daba a su persona una dimensión sobrehumana. Porque todos los objetos preciosos y sagrados son “augustos”.

El tono de Dión parece ser amargo cuando descubre la usurpación que los emperadores han hecho de todos los títulos provenientes de la república, pero concluye que el cambio fue necesario para el establecimiento de la paz, puesto que era imposible que el pueblo se salvara con las formas republicanas. Advierte sin embargo el historiador, que a partir del año 27 a.C. no ha podido registrar los acontecimientos del mismo modo que antes. Sin la libre circulación de datos, cosa necesaria cuando el Senado aún tenía poder, se hizo imposible cotejar documentos y encontrar la verdad. Después de esta fecha se ocultó o se mantuvo en secreto casi todo lo acontecido, y aun que algunas cosas se han publicado, no se les da mucha fe puesto que no pueden ser verificadas.

Hemos hablado de Agripa, Mecenas y el César. Veamos ahora quién era Dión. Había nacido el año 163 d.C. en Asia Menor. Era hombre de una importante familia de Bitinia, lo cual le permitió ingresar al Senado de Roma. Fue amigo de varios emperadores en el período de decadencia que siguió a la muerte de Marco Aurelio, y disfrutó de grandes posiciones durante el auspicioso período de Alejandro Severo. Fue procónsul en África, gobernador de Dalmacia y luego de Panonia, y llegó al consulado en dos oportunidades, la última el año 229 d.C. Obtuvo su copiosa documentación mientras desempeñaba cargos públicos. Dión era un historiador laborioso: narra los hechos año a año y siempre con abundantes detalles. Nos cuenta que todo lo que escribe está basado en documentos. Muy rara vez se equivoca en las fechas y sus datos son muy pocas veces desmentidos, y quizá no siempre con razón. Su *Historia de Roma*, escrita en griego, es la más completa que conocemos sobre el período que cubre la caída de la República, el Principado y los comienzos del Imperio.

Fergus Millar (*A Study of Cassius Dio*) escribe que Dión trabajó en su *Historia* durante los reinos de Septimio Severo y Caracalla. Era éste un período de guerras civiles y proscripciones y emperadores asesinados. Siguiendo la opinión de muchos eruditos, agrega que el discurso de Mecenas es probablemente un panfleto político dirigido en clave a Caracalla; pero

habría que agregar que los parlamentos de Agripa y el discurso de Augusto revelan el hondo pesar que podía sentir un senador romano con el comienzo del sistema político que puso fin a la preeminencia de su orden. Al mirar la transición entre república y monarquía llevada a cabo por Augusto, Dión expreso —según las palabras de Millar—, “una mezcla de tolerancia e indignación”.

Su estilo, su información y sus ideas tuvieron gran influencia en dos momentos luminosos: el Renacimiento y el siglo XVIII. Las ediciones de Dión en el siglo XVI son muchas y algunas de gran lujo. Y el debate entre Mecenas y Agripa era leído con especial atención y editado en forma separada. Y es en Dión donde Montesquieu y Gibbon encuentran la frecuencia adecuada para formar su retrato de Augusto. Dión le mostró a Montesquieu la naturaleza ambigua del Principado; y así pudo establecer con mayor claridad la fórmula augustea, que definió como “un poder aristocrático respaldado por una jerarquía monárquica y militar”. Gibbon fue más allá y procuró darle un tono de censura a la información que había recogido de Dión, al describir a Augusto como “un tirano sutil que tenía un tierno respeto por la libertad que él mismo se había encargado de eliminar”. Con los escritores del siglo XVIII Dión comparte la extraordinaria atención que merecía el Principado. Todos ellos habían examinado las distintas máscaras del César para entender la transición entre la república y la monarquía. Pero lo que buscaban era muy diferente. Dión, tan sólo una explicación para el establecimiento de la monarquía absoluta y la decadencia del Senado; mientras que Montesquieu y Gibbon los puntos flacos de este sistema y las avenidas para una libertad duradera.

Dión ayudó también a la posteridad a entender la importancia de los títulos del César. Cayo César Octaviano, hijo de un dios, tribuno, cónsul, emperador, príncipe del Senado, Augusto. La fórmula seguida por el César en materia de nombres era una curiosa combinación de títulos antiquísimos y poderes nuevos. Se buscaba establecer vínculos con las libres instituciones del pasado y ampliar las facultades despóticas del soberano. Había tres nombres que le dieron un sello peculiar a la fórmula política del César: Augusto, Potestad tribunicia, Principado. Con el nombre de Augusto su autoridad se había rodeado de un aura sacrosanta y así llegó a tener una estatura tal que ante la suya cualquier voz se hacía insignificante. De todos los títulos usados por Augusto en la transición al régimen monárquico se eligió aquél que tenía una clara procedencia civil —*princeps*— para designar el período de su mando: Principado. Por último, gozando de potestad tribunicia quedaba el César protegido por la inviolabilidad con que la tradi-

ción romana había revestido este título. Se trataba de darle al poder una gran distancia y una gran altura, y la apariencia de un orden tradicional y legítimo.

Sospecho que la pluralidad de nombres del César tenga por objeto simular la dispersión del mando. El equilibrio de los poderes se lograba así por la habilidad del César en colocarse distintas máscaras. Dión no oculta la capacidad histriónica del César. Pero creo que la trivializa, porque el teatro del César es aquél en que sólo él participa y que sólo él entiende del todo. El es autor, actor y espectador de un drama cuyo mensaje secreto parece ser: monarquía para mí; república para los demás. Leyendo a Dión y tratando de entender la fórmula del César, me pongo a pensar en la mímica, una forma teatral de gran importancia en Roma. El lenguaje del César, como el del mimo, es ambiguo e inescrutable, y cautiva por su infinita capacidad de sugestión. Para el César el enigma se había transformado en una razón de Estado. Hasta el año 27 a.C. usaba como sello una esfinge, que luego reemplazó por una imagen no muy distante: su propio retrato.

De su afición por lo enigmático venía su afición por la literatura. El mismo Augusto había escrito epigramas y comedias, y se preocupaba de enviarle cartas a Virgilio desde España presionándolo para que publicara *La Eneida*. Sabía bien que no sólo su poder presente sino su figuración ante la posteridad dependían de su capacidad de convertirse en un mito. Así se entiende por qué quería tan ardientemente hacerse llamar Rómulo. Quería pasar a formar parte de la estirpe de los hombres que se desvanecen en la fábula.

Dión sacó a Augusto de ese sitial y reveló el significado de las escenografías. Pero el retrato que hace del César en los años inmediatamente anteriores a la formación del Principado es algo burdo y recargado, además de poco verosímil. Los historiadores más cercanos al inicio del Principado nos hacen percibir a un hombre de mayor envergadura. Ya para el año 230 de nuestra era algo se había perdido de la imagen de Augusto, y para rescatar esta pérdida debemos examinar, aunque sea en forma rápida, los retratos que hicieron Suetonio y Tácito de Augusto y el Principado.

De la riquísima información que nos da Suetonio sólo quiero rescatar el último episodio de la vida de Augusto. Estando gravemente enfermo, preguntó varias veces si su estado causaba tumultos en la ciudad. Luego pidió un espejo, se hizo arreglar, y mandó que entraran sus amigos, a quienes les pregunto: “¿Os parece que he representado bien, hasta el final, la farsa de la vida?”, y luego añadió en griego:

Si la pieza
os ha gustado, aplaudidla
y manifestadme vuestra aprobación.

Suetonio, que como secretario de Adriano había tenido acceso a los secretos imperiales, se mueve con una libertad extraordinaria para cubrir episodios que revelan a Augusto como un ser que llevó la hipocresía al terreno de lo sublime. Deja Suetonio muy atrás a Dión en su capacidad de mostrar con agudeza e inigualable riqueza de detalles las contradicciones expresas de Augusto que lo llevan a someter vicios y virtudes a los fríos dictados de la política.

Tácito fue cónsul durante el período de Domiciano y su voz es seca y desencantada. Es un estoico que sólo percibe los horrores del despotismo pero cuando mira atrás no ve en la república sino una época de extorsión y presión de los poderosos. Su mayor saña va dirigida hacia la aristocracia romana que desde Augusto no ha hecho más que adular el poder. En los *Anales* aparece Augusto como el comienzo del fin, aunque su voz más honda la guarda Tácito para la completa desaparición de la libertad en tiempos de Nerón, en que se prohibía incluso invocar el nombre de los viejos republicanos. Se trata hoy de quitarle mérito a Tácito diciendo que participo en los crímenes de Domiciano y que escribió motivado por la culpa. Pero me pregunto si la culpa no será una buena fuente de energía para el descubrimiento de la verdad.

Aun más atrás quedan los contemporáneos del César. ¿Qué pensaban ellos el año 29 a.C.? Como señala Dión, a partir de esos años comienza a escasear la documentación en Roma. En parte esto se debió al propio Augusto; sabemos, por ejemplo, que al ser nombrado pontífice máximo mandó destruir más de dos mil libros en latín y en griego. Pero en parte también se debió al descuido o la mala fe de los siglos aciagos que se avecinaban. Así, no quedó ninguna obra de Nigidio Figulo, el gran sabio pitagórico, y muy poco del polígrafo Varrón. No quedó obra alguna de Polión, quien había reconocido el riesgo de la escritura bajo el despotismo: “No se puede escribir”, le había dicho a César Octaviano, “contra quien puede proscribir”. Tampoco existe la Historia de Tito Livio sobre la caída de la República y los comienzos del Principado. Lo que sí quedó fue la poesía de los protegidos de Mecenas, y en base a ella, y muy especialmente en base a las *Odas* de Horacio y a *Las Geórgicas* y *La Eneida* de Virgilio, se construyó uno de los mitos más poderosos de Occidente: el mito de Augusto y del siglo de oro romano, del poder y la literatura aliados en un programa de regeneración moral. Logró así Augusto su objetivo de convertirse en fábula, una fábula que ha resistido ya veinte siglos. ¿Sobrevivirá para siempre? Creo que la respuesta a esta pregunta no está en la historia sino en la literatura. □